

ERNESTO VERON THIRION

## Reflexiones Universitarias

Nosotros esperamos una renovación de nuestro pensar, ante todo por la obra de aquellos que han preparado su ser en el silencio.

El "espíritu viviente" que nos impulsa... sabe que la soledad es tránsito indispensable, siempre deseado, pero él, el espíritu, corre hacia la comunicación. Pues la verdad es lo que nos enlaza unos a otros.

KARL JASPERS, *El viviente espíritu de la Universidad*, 1946.

Tantas cosas se han oído en los últimos meses acerca del diálogo como expresión de los procederes democráticos, que muchos deben estar convencidos de su realidad. Sin embargo, creo que basta atender breves minutos a cualquiera de las innumerables "mesas redondas" que sin descanso se organizan, para darnos cuenta que no se va más allá de las intenciones —y no digo buenas.

Las "mesas redondas" no son otra cosa que encarnizadas batallas de esquemas. Huelga decir que cada uno acude con el profundo convencimiento de la estupidez y la mala fe del adversario. No se trata, pues, de encontrar razones, sino de acertar con el procedimiento "político" más eficaz para impresionar al auditorio. Se buscan efectos antes que razones.

No cabe duda que falta entre nosotros una actitud espiritual elemental, sin la cual el diálogo se reduce a un rótulo lamentable, porque cubre confusiones y parloteo; un modo general un poco difícil de caracterizar en abstracto, pero que es posible señalar: plasticidad receptiva, actitud abierta; tal vez y en fin, *honestidad*.

No es cuestión de moralizar al respecto. Conviene, antes que nada, precisar si este esquematismo se configura en una *actitud colectiva* o *representa un fenómeno* más o menos aislado. Me parece que se trata de lo primero. Partiendo de esta convicción, lo más importante sería ubicar la actitud colectiva en la estructura general de nuestra situación actual, describirla con la mayor objetividad posible y establecer los factores determinantes. (1)

Ahora me interesa solamente señalar el carácter general del fenómeno. Me ocuparé de él en la medida en que se refiera al problema concreto de la Universidad. Porque la idea de la Universidad puede ser un esquema más que intentemos imponer con todos los medios a nuestro alcance. Y aunque se nutra en una visión más o menos clara de las universidades europeas o de lo que con mayor o menor agudeza haya dicho algún pensador importante, no dejará por ésto de ser esquema. Nadie lo dude: también aquí es preciso hacer frente al cansado academicismo de algunos maestros de nuestra cultura. Y la cuestión es más grave de lo que se puede suponer. Nuestra cultura está en crisis —y a ello haremos referencia— por haber cristalizado en la erudición estéril o los esquemas preestablecidos y asumidos sin revisión alguna. En los contados casos en que cabe calificarla de testimonial, ha sido testimonio crepuscular de la disolución.

El problema universitario es un aspecto del problema general de nuestra cultura. Y la solución de éste descansa en buena parte en la solución auténtica de aquél.

### LA UNIVERSIDAD PRE-PERONISTA

Un cuadro general de la evolución de nuestra universidad ha sido dado muchas veces y no quiero insistir en ello. De todas maneras, como el punto de partida de mi reflexión ha de ser la experiencia peronista y necesariamente me referiré a la universidad peronista, corresponde ubicar ésta en el contexto general de la historia de nuestros claustros.

El punto central de esa historia lo constituye sin duda la Reforma Universitaria de 1918. De su sentido específico hablaré más abajo; quiero aquí fijar el fenómeno reformista como expresión de un estado

---

(1) Enuncio el problema. Correspondería analizar la magnitud de esta actitud colectiva y determinar en qué agrupaciones sociales es más evidente. Creo que es particularmente notable en los grupos intelectuales, donde cabe indicar las generaciones con mayor precisión. Confróntese, el número especial de *Sur* dedicado a la "reconstrucción nacional". Tiene el valor documental de un testamento literario de una —o más— generaciones.

general de cosas. La rebelión estudiantil hizo frente a los rígidos claustrados enmarcados en una enseñanza tradicional y sin vida interior. Denunció uno de los rasgos fundamentales de la universidad: su carácter de *forma social de clase*, carácter que hasta hoy ha conservado, en mayor o menor medida. Fué la rebeldía de las nuevas generaciones ante la cátedra hereditaria, el academicismo retórico de los viejos maestros, el feudalismo. Todo lo dicho es esencial para interpretar a la Reforma: fué una reacción, el acto de defensa vital de una generación al hacer su entrada en el cuadro histórico; en suma, un fenómeno *negativo*, de necesaria y urgente negación. De aquí su parcialidad, la estrechez de sus acentos, la pasión de sus expresiones. De aquí que, a mi juicio, la reforma se explique y a la vez se agote en sus formas históricas.

La conmoción de la Reforma produjo algunos movimientos en la estructura universitaria. Pero su irradiación, en lo que se refiere a efectividad concreta, duró poco. Reaparecieron viejos males y aparecieron otros nuevos, en el seno mismo de la Reforma. La Universidad siguió siendo de clase, vale decir, posibilidad sólo para los económicamente privilegiados. La política se acentuó y las cátedras siguieron siendo hereditarias.

A partir del año treinta, la universidad inicia su decadencia definitiva, paralela a la decadencia institucional del país y al creciente militarismo de los gobiernos. La universidad peronista ha sido tan solo el último acto de un largo drama, bien triste por cierto.

## LA EXPERIENCIA PERONISTA

El esquematismo del que hablé al comienzo, se revela sobre todo en la tarea de caracterizar los últimos doce años de nuestro país. Es cierto que la proximidad resulta todavía abrumadora y no se puede pretender una visión objetiva del fenómeno peronista. Sin embargo, es de urgencia insospechada hacernos cargo de él, ubicarlo en nuestros planteos, reducirlo a evidencia en la medida de lo posible. Es una urgencia que la temperancia de la faena histórica científica no podrá reconocer, pero que la faena diaria de la democracia exige como algo impostergerable.

En los últimos meses hemos asistido a un resurgir de las viejas fórmulas liberales. Las grandes palabras, esas que nos llenan la boca —democracia, libertad, dignidad, etc.— han sido y son repetidas sin descanso. El sentido histórico de la dictadura ha resistido a la objetivación, porque la retórica es impotente para dar cuenta de él. Ni siquiera es posible asimilarlo a otros fenómenos menores ubicados en

el ámbito de la América Latina y menos aún a las grandes expresiones totalitarias que provocaron la última contienda mundial.

*El peronismo no se agota en el fenómeno político. El "caudillismo" —enfermedad latinoamericana— es sólo su aspecto superficial. Ha de entenderse, antes que nada, como un proceso de revelación de fuerzas históricas que se hacen presentes en un momento determinado. Quiero decir que la personificación de esas fuerzas en un dictador, las relaciones con el nazismo, etc., son circunstancias que no bastan para caracterizar lo esencial del fenómeno: las fuerzas históricas en movimiento requieren análisis más profundos.*

Con el peronismo, *las fuerzas del proletariado adquirieron su autoconciencia.* No es el caso, a mi juicio, de abundar acerca del precio que todos —la clase obrera y la clase media en todos sus planos— tuvimos que pagar por ello. Ni quiero decir que esa autoconciencia baste. Y no se trata de justificar, tampoco. Quiero simplemente alcanzar una *explicación.* Esta vale más, si el futuro es lo que nos interesa, que toda indignada condenación.

El poder histórico de la clase trabajadora forma parte ya, de hecho, de la constelación de elementos de nuestra situación. Es preciso luchar a toda costa para que no la abandone en el futuro.

Lo dicho no significa que el peronismo haya sido una auténtica *revolución.* A través del despotismo y la dictadura como sistemas, no podía serlo. Pero algunos de sus efectos produjeron esa autoconciencia.

El problema universitario muestra, en su ámbito, que no fué una verdadera revolución: la universidad peronista siguió siendo una universidad de clase. Se redujo a una estructura burocrática con fines políticos, ante la cual la vida estudiantil se convirtió en arriesgada resistencia. El peronismo conservó las formas externas de la vieja universidad. Pero con él, alcanzó sus últimas consecuencias el absurdo de toda estructura que ha perdido su sentido íntimo. Los procederes docentes, ya enmohecidos, se transformaron en actitudes automáticas, estereotipadas. Con la artificialidad que provocan el miedo y la negación intelectual.

Todo lo dicho se conecta con el problema de nuestra cultura. *Porque una cultura auténtica se constituye con la integración plástica de las fuerzas sociales vigentes.* Y además porque la cultura, para que tenga sentido, debe ser universal, ésto es, para todos. La solución de nuestra crisis cultural sólo puede encaminarse positivamente a partir de esa integración.

## LA CRISIS DE NUESTRA CULTURA Y LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD

"Cultura —define Ortega en su célebre ensayo sobre la *Misión de la Universidad* (2)— es el sistema vital de las ideas en cada tiempo" (pág. 64). Y después expresa rotundamente: "...es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esta es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad" (pág. 66).

Ahora bien, *eso es precisamente lo que no puede ser de inmediato nuestra universidad. Porque carecemos del sistema de ideas vigentes que correspondan a nuestro vivir actual, y esa es la crisis de nuestra cultura.* Nuestra coyuntura, ésta que vivimos, posee ideas vigentes. Sólo que no son vivas. El problema de nuestra cultura es que no podría ser definida como una altura vital sino, en todo caso, simplemente como una altura, pero una altura desubicada, anacrónica.

¿Qué significa ésto? Que hay que *hacer vigente* la altura que corresponde a nuestro vivir, que no es que no exista, sino que no se ha revelado por factores históricos. La altura vital que nos corresponde sólo puede constituirse a través de una comprensión radical de los últimos años, comprensión, ya lo he dicho, no de un fenómeno político, sino sociocultural de profundo significado. Esa revelación sólo puede estar a cargo de las generaciones que vivieron su gestación durante el período de la dictadura y que alcanzan ahora su faz de gestión. En sus manos está, a no dudarlo, la aventura próxima de nuestra cultura. *Y con esas generaciones es preciso reconstruir la universidad* (3).

La reconstrucción acertada de la universidad y las condiciones de esa reconstrucción forman un todo que no permite la desarticulación de sus aspectos. La reconstrucción depende de que quienes la realicen encarnen la vigencia de la altura vital que corresponde a nuestra situación. Y la tarea inmediata de la universidad ha de ser la revelación de esa altura vital. La universidad debe autorreconstruirse en el seno del proceso.

(2) José Ortega y Gasset, *El libro de las misiones*, Bs. As., 5ª edición, 1950.

(3) De aquí la importancia de los concursos por oposición. El concurso de títulos y antecedentes deja en inferioridad de condiciones a la generación más importante, que no ha podido reunir ni unos ni otros durante la tiranía.

En el plano universitario, la altura vital se expresará en la reconstrucción de la universidad a partir de su función social. Generalmente se entiende que sus misiones específicas son la docente (capacitación profesional y formación cultural) y la científica (investigación). Pero lo social es la función previa que da razón final de estas dos misiones. Porque las profesiones no son menos ni más que funciones sociales. En cuanto a la ciencia, si bien es cierto que en sus caminos teóricos y técnicos depende sólo de sí misma, no puede olvidar las consecuencias de sus pasos para la sociedad. La ciencia encierra un aspecto fundamental de humanidad. Jaspers lo ha señalado al hablar de la renovación de la universidad (4).

En cuanto a la cultura, su función social se expresa en su universalización: la universidad argentina no puede seguir siendo una universidad de clase. Debemos encarar el modo en que el obrero tenga efectivamente abierto el camino a la educación superior. Sé de sobra, claro está, que no se trata sólo de una reforma universitaria. Muchas otras formas sociales deben cuestionarse. Nuestros transparentes principios democráticos serán la misma eterna burla si de ellos no participan todos los sectores de la comunidad.

La universalización de la cultura supone además la instauración del diálogo, la posibilidad de la confrontación, porque el progreso del pensamiento es progreso dialéctico. Para que esta confrontación sea veraz, hacia la universidad han de polarizarse las fuerzas sociales del país; ella ha de ser su plano de encuentro.

Hay que abandonar de una vez por todas las frivolidades intelectuales. En la Universidad debe recuperarse el saber en toda su gravedad. La Universidad tiene ante todo que tematizarnos, hacer patentes nuestras cuestiones. La *patencia* que rehuye los esquemas es el paso previo a un análisis de la realidad argentina. La universidad —a través tanto de la formación profesional cuanto de la humanista— debe convertirse en el *lugar natural de los problemas nacionales*.

Esta tarea exige una estructura muy definida.

La organización universitaria ha de basarse en una absoluta autonomía. La universidad debe ser una forma social independiente, que responda a sus propias leyes, de tal modo que en sí misma encuentre las posibilidades de su transformación. Su equilibrio interno supone

---

(4) Cfr. Karl Jasper, "Renovación de la Universidad" y "El viviente espíritu de la Universidad", en *Balance y perspectiva*, Madrid, 1953.

además la integración paritaria en el gobierno de sus elementos constitutivos: cuerpo docente, corporación de graduados y población estudiantil. La universidad implica una comunidad democrática de trabajo, que atienda a la vez a la desigualdad de sentido de sus tres factores y a su igualdad jurídica.

## LA REFORMA UNIVERSITARIA Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

En 1918, los estudiantes asumieron ante la historia la responsabilidad de salvar el espíritu de la universidad. Se manifestó entonces la falsedad de nuestras instituciones superiores de enseñanza. Desde aquellos discutidos y violentos sucesos de Córdoba, el "espíritu viviente de la Universidad" erró de unas manos a otras —casi siempre estudiantiles, excepcionalmente profesoriales, nunca universitarias— y así ha llegado hasta nosotros. Bastante contuso, pero ha llegado. Ese es el mérito irrevocable del movimiento estudiantil democrático. Si en algún lugar fué posible respirar atmósfera universitaria en los últimos años, fué en los tradicionales Centros de estudiantes.

Más allá de esta valoración inmediata, podrán hacerse innumerables críticas. No me importan, como tampoco me interesan las reivindicaciones apasionadas. Hoy corresponde fijar históricamente al movimiento estudiantil y comprenderlo. (Único modo, por lo demás, de señalar sus futuras tareas). En gran parte, su historia es la de la universidad argentina. Trascendió su plano puramente universitario para alcanzar un sentido mucho más amplio de *conciencia de la situación argentina y sus problemas*.

No creo aceptables las interpretaciones trascendentalistas de la Reforma. Es por ello que no haré referencia a los planteos que buscan determinar una imponderable experiencia humana que estaría en su base y que justificaría la prolongación del movimiento reformista más allá de su coyuntura original. Me interesa, lo repito, una comprensión histórica. Porque la reforma se perfila en ella de un modo neto y definido, y a la vez se agota.

Basta manifestar las conexiones entre el nacimiento de la Reforma y los movimientos sociales coetáneos en otras partes del mundo, para obtener una primera fijación. Fué entre nosotros una expresión de las transformaciones sociales que han conmovido progresivamente nuestra época.

Ya dije que fue sobre todo un movimiento negativo: conciencia de errores, de faltas, de abusos. De allí una irremediable superficial-

lidad en lo positivo. Fue absolutamente ciega para lo que no se adaptara a su planteo.

La Reforma intuyó que el cambio de organización no bastaba. Por eso luchó por la transformación social. Pero en este aspecto, pidió prestados los esquemas. Insistió tercamente en la lucha de clases y no pudo superar una asimilación ligera a problemáticas de izquierda, importadas y no surgidas de una dialéctica con nuestras cosas. La historia está demostrando palmariamente que el planteo revolucionario *ortodoxo* ha liberado fuerzas sociales pero conduce fatalmente de una opresión a otra.

En fin, al reaccionar ante el clericalismo de los viejos claustros, adoptó una actitud permanente y acabó siendo antirreligiosa por principio.

Es que la Reforma fue sobre todo esa reacción fisiológica ante nuestro cáncer institucional y la necesidad de acción superó siempre a la posibilidad de una revisión de los esquemas.

Hay aspectos de la Reforma cuya revisión es en particular importante. Me refiero, por ejemplo, a las soluciones estatales. Una observación objetiva de nuestra evolución, indica que la transformación social no puede descansar en la delegación de funciones en el Estado. La dictadura ha demostrado que el totalitarismo se burla amargamente de toda "autonomía" universitaria.

## LAS UNIVERSIDADES LIBRES

Lo esbozado antes con respecto a la universidad en general, implica muy claramente una concepción determinada de la enseñanza libre superior. Porque la "libertad de enseñanza" —expresión por demás equívoca— no puede postularse en abstracto. Como principio, apenas apunta a una actitud imprecisa, y se delimita negativamente en oposición al monopolio del Estado que reclama el laicismo. Y una delimitación negativa es siempre insuficiente.

Por supuesto que es muy fácil hacer frente a lo social en abstracto y manipular limpios principios para resolver sus problemas. Pero son cómodas manipulaciones que acaban siendo irresponsables manoseos.

La educación es función social — no se agota en ello, no lo es exclusivamente, pero sí constitutivamente. La función social es el objetivo primario de la universidad. Una universidad libre sólo será

permitida si cumple las condiciones que aseguren el ejercicio pleno de esa función social.

El cumplimiento de tales condiciones debe ser asegurado por una legislación cuidadosa y bastante rígida. El aspecto económico es fundamental. El pluralismo educacional no puede implantarse a base a un desequilibrio que produzca la consiguiente diferenciación social. La legislación debe poner en un plano de igualdad a los distintos elementos componentes de ese pluralismo.

Hoy se trata de resolver qué alcances puede tener el desenvolvimiento de la iniciativa privada en la educación superior, *en las actuales condiciones social-políticas*. Desde esta perspectiva, creo que la instalación de universidades privadas provocará un profundo desequilibrio que ha de agravar el desequilibrio general por el que atraviesa nuestro país. Los capitales privados no pueden ser liberados sin un severo control. Las universidades privadas sin control económico son fatalmente universidades de clase. En estas condiciones ¿quién puede ignorar que una universidad católica será simplemente una universidad para la burguesía católica ilustrada? Todos los argumentos en favor de las universidades privadas, son ahora especulaciones desarraigadas de nuestra realidad.

Y es amargo y es triste que tantos católicos estén en ésto, y corran tras los posibles beneficios de una coyuntura política. Porque el catolicismo que limita, que cierra, que hace posible privilegios, es un catolicismo contradictorio. Que se niega a sí mismo. En fin, es un catolicismo inaceptable. Por eso es importante decir que es un catolicismo, pero que no es ni puede ser el catolicismo. Que todavía hay quienes entienden que el catolicismo debe integrarse en nuestras cosas, volverse inmanente a nuestra realidad. Y es una tarea urgente: si el catolicismo argentino no se vuelve raigal, seguirá siendo un estéril y seco esquema. Es decir, será su propia negación. Y cada católico será un grotesco muñeco repitiendo los mismos magnos principios, sin darse cuenta que esos principios son nada, son una mentira, si no se asumen a través de la situación humana que nos toca vivir.

Y está en juego el diálogo entre el católico y el ateo. También en el plano universitario. Una de las más graves parcialidades de la Reforma fué su actitud antirreligiosa. Ahora es preciso resolver si el hombre religioso y el agnóstico son capaces de comunicación. Porque cada vez es más violento ese combate entre las fuerzas del terror.

y las fuerzas del diálogo que Camus denunciaba hace varios años<sup>(5)</sup>.

Es muy difícil abandonar los sectarismos. Para el católico, es muy difícil superar la actitud de "paternalismo" de quien tiene todos los problemas resueltos y entender que el hombre religioso se realiza en su situación, y en ella y solamente en ella encuentra las razones válidas de la plenitud de su experiencia. Para el ateo, es difícil entender que la religión vivida cabalmente no soluciona nada y en cambio hace más duro y extraño asumir ciertas cosas.

Camus, en nombre del ateo contemporáneo, dirigió su voz a los cristianos en 1948, en el convento de los dominicos de Latour-Mauburg. Me resulta ahora más actual que nunca: "...lo que yo sé, y es lo que produce a veces mi nostalgia, es que si los cristianos se decidieran, millones de voces —millones, ¿entienden ustedes?— se unirían en el mundo al grito de un puñado de solitarios que sin fe ni ley, luchan hoy, un poco en todas partes, por los niños y por los hombres".

Hay quienes ya se han decidido.

---

<sup>(5)</sup> Cfr. Albert Camus, *L'incroyant et les chrétiens*, en *Actuelles*, París, 1950.